

El Inventor

Seudónimo: El Negro

Esta es la historia de la persona guía más maravillosa que me pudo haber tocado: **MI ABUELO**.

Era un hombre de manos fuertes y visión clara, de esos que parecían haber nacido sabiendo hacer de todo. Podía levantar una casa, arreglar un motor, inventar una máquina o dar vida a un torno de madera. Todo lo que se proponía lo hacía posible, y sin darse cuenta, me moldeaba a mí.

Su taller fue mi primera escuela. Allí aprendí que la vida no se trata de equivocarse o acertar, sino de caminar en un aprendizaje continuo. Él me lo mostró con su ejemplo: siempre creando, siempre avanzando.

“Vamos, Negro —me decía—, de los errores se aprende, vos seguí.” Y yo lo creía, porque en él no había discursos, había experiencia.

Compartimos días de carreras de autos. No me hice herrero como él, pero cada vez que íbamos veía en sus ojos el brillo de un niño eterno. El rugido de los motores era apenas la música de fondo de lo verdaderamente importante: abuelo y nieto compartiendo un instante irrepetible.

Cuando la vida le arrebató a su compañera de siempre, lo acompañé en su primera noche de silencio. Allí comprendí que ser nieto también era aprender a sostener. Pero él no se rindió: buscó nuevos horizontes. Junto con otros, fundó el Círculo Ítalo Argentino, formó la Banda Comunal que hoy lleva su nombre, y regaló a la gente de su pueblo música, pertenencia y comunidad. En las fiestas patronales lo reconocieron, lo aplaudieron de pie... aunque para mí siempre había sido un gigante, mucho antes de los homenajes.

Aún en sus últimos años, su ingenio no se apagaba. Donde cualquiera veía un motor oxidado de Fiat 600, él veía la posibilidad de un tractor en miniatura. Donde otros veían límites, él descubría horizontes. Sus ojos tenían la rara habilidad de encontrar futuro en los restos del pasado.

Yo elegí otro camino, más cercano al estudio y la ingeniería, pero él nunca se apartó del mío. El día que me acompañó a mi primera entrevista laboral fue como si volviera a darme la mano, como en mi

niñez. Él, que me había enseñado de niño a confiar en mí mismo, ahora me empujaba a escribir mi propia historia.

Tuve la fortuna de agradecerle antes de su partida. Pude decirle lo que siempre sentí: que era mi ídolo, mi ejemplo, mi héroe cotidiano. Todo lo que soy lleva su huella invisible, pero firme.

Hoy, cuando lo evoco, no lo busco en los talleres ni en las casas que levantó. Lo encuentro en la manera en que enfrento la vida. Me basta cerrar los ojos para escuchar su voz clara, serena, eterna:

—¡Vamos, Negro... vos podés!

